

otros, por lo menos, cuidando los bagajes. Si queremos que venga pronto la nueva Covadonga, á todos, sin excepción alguna, toca apresurar su llegada.

Es tiempo ya de terminar; pero antes debo tributar las más rendidas gracias á la Colonia Española de México, por el insigne honor con que me ha distinguido al convidarme á predicar en esta fiesta patriótica y hasta ahora exclusivamente suya. Desde el primer momento sentí que no estaría á la altura de la misión que se me confiaba, y ahora dejo el púlpito convencido de mi insuficiencia. De buena gana habría esquivado una honra superior á mis fuerzas; pero comprendí que ésta se dirigía, más que á mi persona, al principio que circunstancias fortuitas me han traído á representar: el principio de la unión de todas las naciones que reconocen el común origen español, del culto y el amor á la gran patria latina. En tal concepto, deserción habría sido rehusar el lisonjero convite que recibí, y preferí aceptarlo, á pesar de las condiciones desfavorables en que me hallaba. Perdonadme si mi voz no ha sabido interpretar bien vuestros sentimientos. Consuélame el pensar que otras más poderosas que la mía están resonando en este instante en todas las tierras en que se habla español, y todas serán escuchadas por la Virgen de Covadonga y atesoradas en su pecho maternal, hasta que suene la hora señalada por la Providencia para devolver á la raza latina su antigua hegemonía. Acelera este momento con tu intercesión, ¡oh Virgen de las Vírgenes! y no desampares á los que ponemos en tí nuestra confianza. Así sea.

## SERMÓN

PREDICADO

EN LA PATRIARCAL BASÍLICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

EL 21 DE JULIO DE 1902.





*Posuit os meum ut gladium acutum, et posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua abscondit me. Is. XLIX, 2.*

El Señor hizo mis palabras como espada penetrante, é hizo de mí como una saeta bien afilada, y me ha tenido guardado dentro de su aljeiba.

Isaías, XLIX, 2.

*Eminentísimo Señor:\**

*Venerables Hermanos en el Episcopado:\*\**

**L**EEMOS en el libro de los Macabeos, que hasta las apartadas regiones en que militaba con tanta gloria su caudillo Judas, llegó la fama de los romanos. *Audivit Judas nomen Romanorum.* Voló de boca en boca la historia de sus hazañas, de su grandeza, de su inmenso poderío, de su civilización y sus señaladas victorias por mar y por tierra, y al mismo tiempo los hicieron simpáticos la humanidad y la clemencia, de que daban constantes ejemplos, *quia*

\* El Sr. Cardenal Martín de Herrera, Arzobispo de Santiago.

\*\* Los Ilmos. y Exmos. Sres. Arzobispo de Sevilla y Obispos de Sión, Salamanca, Madrid, y demás Prelados que concurrieron al Congreso Católico Español.



*sunt potentes viribus, et acquiescunt ad omnia quæ postulatur ab eis.* Oyeron los judíos con asombro la narración de sus conquistas, en la que era entonces la región más apartada del mundo conocido; y quedaron sobrecogidos de estupor al saber las riquezas fabulosas que sacaban de las minas de oro y de plata de que se habían apoderado, y que venían á adornar los templos y los palacios de la que ya se denominaba Ciudad Eterna. *Et audierunt quanta fecerunt in regione Hispanie, et quod in potestatem redegerunt metalla argenti et auri quæ illic sunt.* No es maravilla que el caudillo del pueblo de Israel, á pesar del aislamiento en que, por voluntad de Dios, se había mantenido, mandara Legados á proponer un tratado de alianza con aquella nación tan poderosa, y á cerciorarse por sus propios ojos de tanta grandeza.

De igual suerte, muchos siglos más tarde, voló por todo el Orbe, considerablemente ensanchado, la fama de otro pueblo que había sobrepujado al Imperio de los Romanos en poderío, en civilización, en conquistas, y había logrado lo que aquellos ni siquiera soñaron: que el Sol jamás se pusiera en sus inmensos dominios. Deslumbraron los ojos de todos las increíbles riquezas extraídas de otras minas todavía más lejanas, y que mandaban á porfía torrentes de oro y de plata para adornar los templos del verdadero Dios. De toda la tierra acudieron, no meros embajadores como los de Judas Macabeo, sino monarcas y príncipes y prelados, á contemplar de cerca la grandeza de España; y no

sólo á admirar la magnificencia de sus Basílicas, sino á postrarse devotamente ante estos tesoros, superiores á todas las piedras y metales preciosos: las reliquias del Apóstol Santiago en esta insigne metrópoli de Compostela y el milagroso pilar de la afortunada Zaragoza.

Entre los últimos, pero no entre los menos devotos peregrinos que han tenido la dicha de hollar esta tierra sagrada, se cuenta el Prelado que tiene el alto honor de dirigiros hoy la palabra. Con cuánta emoción he penetrado en vuestra augusta Basílica, y cuál ha sido mi sorpresa al descubrir que no soy en ella del todo extranjero. Mi corazón ha palpitado de entusiasmo al ver el sepulcro de vuestro benemérito Arzobispo D. F. Antonio de Monroy, natural de la misma Méjico donde tengo mi Sede, y fundador insigne de la Capilla del Pilar. Con cuánto placer he visto, una enfrente de otra, la imagen de la Virgen, que antiquísimas tradiciones nos enseñan que vino á Zaragoza, y la efigie de la Virgen de Guadalupe, que tradiciones menos antiguas afirman que descendió al suelo mejicano. Estos divinos lazos que unen las dos Españas, aun después de haberse roto los lazos humanos que antes las habían convertido en una sola; estos vínculos, que gentilmente me ha recordado vuestro egregio Cardenal-Arzobispo, al invitarme á subir al púlpito de vuestra gloriosa Basílica, me han movido á aceptar sin temor la misión de celebrar juntamente las glorias de Zaragoza y de Compostela, de la Virgen del Pilar y del



Apóstol Santiago. Vengo, pues, á recordaros los favores que la Reina del Cielo hizo á la vieja y á la nueva España, al aparecerse en la columna de la antigua Cesaraugusta. Vengo á haceros notar que ese pilar fué la verdadera piedra fundamental de la grandeza de España; grandeza diferente de todas las grandezas, y más duradera que la de los imperios de Alejandro, y de los Romanos, y de Carlo Magno; grandeza que persevera en los actuales días de amargura y de abatimiento, y que durará todavía cuando hayan desaparecido de la faz de la tierra las naciones que hoy tienen el primado como guerreras, colonizadoras y propagadoras del progreso, de la ciencia y de la civilización.

¡Oh Virgen, á quien place ser venerada en las orillas del Ebro, bajo la advocación del Pilar, y en las montañas de Méjico y de Extremadura, bajo el dulce título de Guadalupe! Oye los ruegos que con fervor te dirijo sobre el sepulcro del Apóstol de ti tan favorecido; revélame lo que le descubriste aquella noche memorable; muestra, por mis labios, á este selecto auditorio el cumplimiento de tus promesas de entonces, y dignate inspirarnos lo que nos conviene hacer para que un pasado tan glorioso no se pierda en las tinieblas de lo porvenir.

AVE MARÍA.

¡Huesos del Apóstol Santiago! Reverdecid por un momento; salid de la urna que os encierra; cubríos, sin aguardar el día de la resurrección universal, de vuestra carne glorificada; revestíos otra vez con la túnica de peregrino que hace veinte siglos os abrigaba, cuando atravesasteis los mares para venir á evangelizar á la remota España. Dejad que os anime el soplo de vida de otros tiempos, y tornad conmigo á las orillas del Ebro, como aquella noche en que os encomendó la Virgen Santísima el patronato de las Españas.

¡Miradlo! No reflejan, cual hoy, las aguas del histórico río, las cúpulas y almenas que estamos acostumbrados á contemplar en la moderna Zaragoza. Se espejan apenas las murallas del campamento Romano y las casas que á su abrigo se han levantado, bajo la protección de César Augusto, quien se dignó darles su nombre. No han dejado sus ondas de arrastrar uno que otro cadáver; pero tendrán que pasar algunos años antes que se enrojezcan con sangre de mártires, transcurrirán muchos siglos antes que se vuelvan á teñir en la de invasores que pretendan arrancarle su fe. Sus límpidos cristales parecen hoy, con su pureza, invitar



á los Apóstoles de Jesucristo crucificado á venir á predicar en ambas sus verdes riberas, las purísimas doctrinas que acaba de enseñarles el Redentor de los hombres.

Y, sin embargo, no parece forjarse tales ilusiones el grupo de peregrinos que oran no lejos de las murallas fortificadas de Cesaraugusta. El fervor del Apóstol que los acaudilla se entibia á ratos; su voz de trueno decae hasta convertirse en lánguido suspiro; el fulgor de su mirada, de ordinario semejante al rayo, se apaga y obscurece; sus rodillas no pueden ya soportarlo, y antes de volver á hincarlas en el suelo, tiene que descansar apoyado en la piedra que le sirve de reclinatorio. ¡Y no sin razón! Hace ya tiempo que desembarcó en las playas ibéricas, y en vez de las multitudes que en Judea se convertían á la voz de Pedro y sus compañeros en el Senado Apostólico, apenas ha podido reunir un puñado de discípulos. Se ha apoderado de su alma el desaliento, y olvidándose de que lo llaman el Hijo del Trueno, y de que ha tenido la noble ambición de ser el primero en la lucha para ser después el primero en el triunfo, está pensando en sacudir el polvo de sus sandalias y tornar á su nativa Palestina.

Pero he aquí que inesperada visión trueca de repente su alma contristada, y cambia asimismo la suerte del mundo. No, no lo engañan sus ojos. Sobre ese pilar se levanta majestuosa la figura de la Madre de Jesús. Viva la ha dejado hace no muchos meses en Judea, y viva aparece en la remota Iberia. Su vestidura es la

misma que llevaba en el Monte Olivete el día de la Ascensión de su Hijo divino. No ha cambiado aquel rostro tan conocido, ni ha perdido su fuego aquella dulce mirada, que tantas veces sostuvo el valor del Colegio Apostólico. Su voz resuena con la acostumbrada armonía, y semeja á la de la Esposa que, en su Cantar de los Cantares, comparó Salomón al arrullo de la tórtola amorosa.

¿Qué dice al Apóstol la Reina de los Cielos? ¿Qué misión le confía? ¿Qué promesas le hace? ¿Qué misterios le descubre? ¿Nos será lícito, sin incurrir en las maldiciones que la Escritura fulmina contra el indiscreto que mira por la ventana á la casa de su vecino, ó escucha por la rendija de la puerta conversaciones reservadas; nos será lícito acercarnos á oír las palabras que pronuncian los labios celestiales de la Virgen sin manilla? ¿Y por qué no? No ha revocado el Divino Maestro el mandato que diera á sus discípulos, de pregonar sobre los tejados las doctrinas que les sugiriera al oído. Además, el momento en que la Madre de Dios confía al Hijo del Zebedeo el patronato y defensa de las Españas, me parece el más solemne en la historia de la Iglesia, después de aquel en que Jesús entregó á Simón Bar Iona las llaves del Reino de los Cielos, le encomendó las ovejas y los corderos de su Rebaño, y con una metáfora familiar, pero expresiva, le anunció que lo sacaría de su nativo Oriente para hacerle fijar su Sede y cavar su sepulcro en la Roma que era y había de ser Señora del Mundo. ¿Y no habremos de es-